

Ya es de Cárlos la victoria.
Ya los tercios españoles,
Como el huracan que arrasa
Los enmarañados bosques,
Abriéndose en un momento
Ancha calle á sus furiosos,
No ven ya en su paso estorbo,
No encuentran quien los afronte.

Pero en medio de su triunfo
Con pasmo y con dolor oyen,
De que su Pescara es muerto
Correr las siniestras voces.

Es cierto que no parece
Desde que con pocos hombres
De armas le vieron lanzarse
Con tanto denuedo, donde

Aún trabada la pelea,
Reina confuso desórden.
Vengarlo, pues, juran todos,
Y allá revuelven feroces.

Cuando entre el polvo y el humo
Ven aparecer á trote,
Al victorioso caudillo
De sus esperanzas norte.

Mas ¡oh, Dios, en cuál estado!
Herido su rostro noble,
Pasado el brazo siniestro
De una lanza al duro bote;
El coselete partido
Y atravesado del golpe
De una bala, que parece
Que fin á sus glorias pone.

Y el tordillo moribundo,
Herido en cuello y quijotes,
Un raudal de negra sangre
Derramando á borbotones.

Las españolas escuadras
Quedan al mirarlo inmóviles,
Y el placer de la victoria
En llanto y dolor tornóse.



Al cabo llega Pescara
Sin que la muerte le asombre,
Y dice con voz tranquila
Partiendo los corazones:
«¿Por qué os deteneis, amigos?
Valerosos españoles,
Pues ya es vuestra la victoria
Nada mi falta os importe.»

Desplómase el tordo en tierra;
Dos capitanes recogen
Al General en los brazos,
Y Vega, su gentil-hombre,

Del sangriento coselete
Le desentaja los broches,
Y ve... ¡oh placer! que la bala
Causa de tantos temores,

Aplastada contra el pecho,
Leve contusion esconde:
Del coselete, sin duda,
En los adornos de bronce

Perdió su temible fuerza;
O por dicha disparóse
Desde tan léjos, que trajo
Escasa violencia el golpe.

Reanímense los soldados,
Por milagro reconocen
Dicha tan grande, y en *vivas*
Prorumpen y alegres voces.

Y repuesto el mismo herido,
Que traspasado juzgóse,
De la contusion del pecho
Por los agudos dolores;

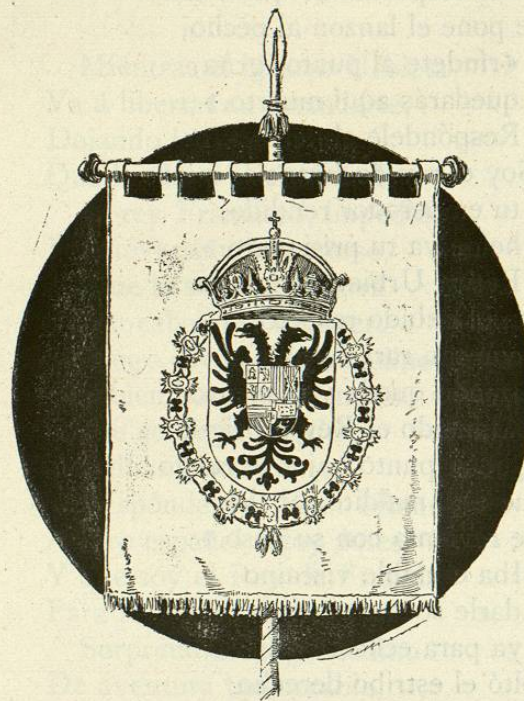
«Bendito sea Dios,» exclama,
Ármase de nuevo, y sobre
Otro corcel restablece
En las escuadras el órden.

Y en las márgenes floridas
Del manso Tesin, por donde
Se retiran derrotados
De Francia los escuadrones,

Sembrando exterminio y muerte,
Aparecieron veloces
El gran marqués de Pescara
Y los tercios españoles.

ROMANCE SEGUNDO

EL ESTANDARTE ANTE TODO



Del Tesin en las orillas
Quiere hacer su último esfuerzo,
Vencido y avergonzado
El rey Francisco primero.

Sus numerosas escuadras
Dispersas ve y sin aliento,
Y fuerzas aún poderosas
En confuso desconcierto.

Con el estoque en la mano
De cálida sangre lleno,
Pues soldado fué valiente
Si no fué caudillo experto;

Deslucidas ya sus galas,
Deslustrados sus arreos,
Y abollados de los golpes
El capacete y el peto;

En su corcel, que de espuma,
De sangre y sudor cubierto,
Cruza fatigado el campo
Obediente á espuela y freno;

Solo y sin séquito corre
Llamando á sus caballeros,
Denosta sus fugitivos,
Recoge algunos dispersos,

Y revuelve valeroso
A escaramuzar ligero,
Pensando que aún algo puede
Con su valor y su ejemplo.

Todo en vano; la fortuna
La espalda y rostro le ha vuelto,
Y hasta las heces el cáliz
Beberá del vencimiento.

De Alarcon los hombres de armas
Vestidos de tosco hierro,
Los del Virey denodados
Y los de Borbon soberbio,

Y entre el tropel de jinetes
Mezclados arcabuceros
Españoles, cuyas balas
Tienen prodigioso acierto,

Del rey de Francia infelice
Invalidan los esfuerzos,
Y hacen sordos á sus voces
A los franceses guerreros.

El despechado Monarca
Del desapiadado cielo
Tenaz resistencia opone
Al inmutable decreto.

Y retirarse ordenados
A sus Esguizaros viendo,
Del Tesin á un ancho vado,
Donde su fin va á ser cierto;

Vuela á ponerse á su frente
Para advertirles el riesgo
Que van á hallar en las aguas,
Por no arrostrar el del fuego,

Y los conjura y exhorta
A que con él revolviendo,
Noble resistencia opongan
Al vencedor altanero;

Y que cual valientes busquen
Con él de salud un puerto,
No del Tesin en las ondas,
Mas de la lid en el hierro;

Que allí segura es la muerte,
Y aquí bien puede no serlo,
Que aquí aún les espera gloria,
Y allí sólo vilipendio.

Mucho alcanza, pues consigue
Formarlos y contenerlos,
Y ya de esperanza nueva
Ve casi el rostro risueño;

Cuando aterrador fantasma
Se ve venir á lo léjos:
Los pendones invencibles
De los españoles tercios.

Y olvidando que á su frente
Tienen hombre tan excelso,
Y del engañoso rio
Olvidando el grave riesgo,
Los Esguizaros soldados,
De pánico asombro llenos,
Huyen, al Rey abandonan,
Y al vado parten derechos.
El francés Monarca entónces
Las lágrimas del despecho
Quemando su rostro augusto,
Quiere morir como bueno,
Y vuela hácia el puente, donde
Aún resisten con empeño
Algunos fieles magnates,
Algunos nobles guerreros.

Mas ¡ay! la suerte tremenda
Llegar le impide á aquel puesto,
Donde libertad y gloria
Iba á conseguir al ménos;

Pues que silbadora bala
De ignoto arcabuz partiendo,
De su corcel fatigado
Rompe y atraviesa el pecho.

Vacila el bruto, retiembla,
De sangre espumosa el suelo
En rauda torrente inunda,
Quédase clavado y yerto.

De nieve son sus orejas,
De sus ojos muere el fuego,
Y en grave, estruendoso golpe,
Desplómase con su dueño.

¡Oh dolor, yace en el fango
El trono de Francia excelso,
El poderoso monarca
Que juzgaba el orbe estrecho!

De inconstancias de fortuna,
Grande y doloroso ejemplo,
Y de la humana soberbia
Aterrador escarmiento.

Nada hay firme en este mundo:
Valor, gloria, nombre, imperio,
Cuando una espada se empuña,
Todo queda en duda puesto.

El hidalgo vizcaino
Juan de Urbieta, que cubierto

De tosco arnés, en un potro
Escaramuzaba suelto,
Pasa y ve bajo el caballo
Tan lucido caballero,
Que por levantarse pugna
Con inútiles esfuerzos.

No sospechando quién era
Le pone el lanzon al pecho,
Y «ríndete al punto, grita,
O quedarás aquí muerto.»

Respóndele el derribado:
«Soy el rey de Francia, quedo
A tu emperador rendido,
Y heme ya tu prisionero.»

Retira Urbieta la lanza
Con el debido respeto,
Y con tan rara fortuna
Pasmado queda y suspenso.

Animado el Rey prosigue:
«Que al punto bajas te ruego,
Que este maldito caballo
Me revienta con su peso.»

Iba el noble vizcaino
A darle socorro presto,
Y ya para echarse á tierra
Soltó el estribo derecho,

Cuando del puente á la boca
Ve de franceses en medio
Su estandarte, y que el alférez
Solo lo está defendiendo.

Y el honor de su estandarte,
Y la fe del juramento,
Más que ansia de vanagloria
En su alma ilustre pudieron;

«Ya, señor (al Rey le dice),
Socorro daros no puedo,
Que es mi estandarte ante todo,
Y está mi estandarte en riesgo.

» Confesad que os he rendido,
Y pues que prenda no llevo,
Porque podais conocerme,
Si á vuestra presencia vuelvo,

» Miradme, que soy mellado;»
Y alzando del tosco yelmo
La visera, en un instante
Le mostró dos dientes ménos.

Y revolviendo el caballo
Al puente voló ligero,
Con el lanzon en el ristre
De honra y de lealtad modelo.

ROMANCE TERCERO

UN REY PRISIONERO

Miéntras el bizarro Urbieta
Va á libertar su estandarte,
Dejando la alta fortuna
Que le plugo al cielo darle;
Al rey Francisco, impedido
De moverse y levantarse,
Porque le sujeta en tierra
De su caballo el cadáver,
Diego Avila, el granadino,
Tambien hombre de armas, vase,
Y que se rinda le grita
Decidido y arrogante.

Respóndele el Rey: «Rendido
A otro español estoy ántes,
Y que soy el Rey de Francia
Para tu gobierno sabe.»

Sorprendido el granadino
De aventura tan notable,
«¿A ese español (le pregunta)
Habeis dado prenda ó gaje?»

«Le dí sólo mi palabra,
Que mi palabra es bastante
(Contesta el Rey), mas si quieres
Toma mi espada y mi guante;

» Y sácame del caballo
Y ayúdame á levantarme,
Que la visera me ahoga
Y esta pierna se me parte.»

Avila toma las prendas
Destilando fresca sangre,
Echa pié á tierra, y ayuda
Al Rey con trabajo grande,

Y levántalo, y el yelmo
Le desencaja al instante,
Para que le dé en el rostro,
Que lo ha menester, el aire.

Hita, soldado gallego,
Tosco, y de toscos modales,
Con su sangrienta alabarda
Y desarrapado traje,

Llega, y con poco respeto,
Ya resuelto á despojarle,
De la insignia se apodera
Del más elevado Arcángel.

De San Miguel el collar
Echase al cuello el salvaje,

Con su tosquedad y harapos
Haciendo extraño contraste.

El Rey le dijo: «Valiente,
Por él te doy de rescate
Seis mil ducados de oro,
Y más, si en más lo estimares.»

Y contestóle el gallego:
«Guardaréle, que colgarle
De mi Emperador al cuello
Podré yo temprano ó tarde.»

En esto llegaban otros
Soldados sin capitanes,
Con la victoria embriagados,
Cebados con el pillaje,

Y en su sagrada persona
Ponen sus manos rapaces;
La veste del Rey desgarran,
Sus preseas se reparten,

Y le arrebatan del yelmo
La bandereta y plumajes,
Que la codicia villana
No guarda respeto á nadie.

Avila, Hita y Urbieta
(Que ya en salvo su estandarte
Dejó), con vanos esfuerzos
Por defenderle combaten.

Cuando llegaron á punto
Varios nobles personajes,
Que á tan feroz soldadesca
Obligan á reportarse,

Enseñándoles valientes
A que respeten y acaten
A la majestad augusta,
Que aunque vencida es muy grande.

De estar el Rey prisionero
Cunde la nueva al instante
Por el uno y otro campo
Con efectos desiguales.

Los franceses caballeros
De más valor y linaje,
Tornan á correr la suerte
Que á su Rey Dios quiso darle.

Y los jefes y caudillos
De las tropas imperiales,
Vuelan á que cese al punto
La mortandad y la sangre.

El de Pescara glorioso
Corre ligero á la parte
En que al rey Francisco juzga
Expuesto á villano ultraje.

Llega, del caballo salta,
Y con respeto admirable,
Hincadas ambas rodillas
La mano quiere besarle.

No lo consiente el Monarca,
Que tiene un consuelo grande
En verse ya protegido
Por hombre que tanto vale.

Y obligándole risueño
De la tierra á levantarse,
«Noble marqués de Pescara,
Pues que la fortuna os cabe,

»(Le dice) de tal victoria,
Os pido no se derrame
De mis vencidos vasallos
La desventurada sangre.

»Y espero que en vos encuentren
Protector, amparo y padre,
Los franceses que se miran,
Como yo, en tan duro trance.»

De lágrimas arrasados
Los ojos al escucharle
Pescara: «Señor, le dice,
Vuestra súplica es en balde;

»Pues la nacion española,
Que logra triunfo tan grande,
En la victoria es tan noble
Como brava en el combate.»

Tambien el del Vasto llega
Y el Rey lo recibe afable,
Y con dignidad lo elogia
Por su apostura y su talle.

Y el consuelo se divisa
En su abatido semblante,
De verse entre caballeros
Que tratar con Reyes saben.

ROMANCE CUARTO

UN ANDALUZ

Reunidos los generales
De las naciones distintas
Que el ejército del César
Ya vencedor componian,

Mas, imprevisto incidente
Vino de nuevo á alterarle,
Y á hacer más terrible y duro
Su destino deplorable.

De Borbon el Duque altivo,
¡Desacato repugnante!
A su Rey vencido quiere
Sin reparo presentarse.

¿Y cómo? Manchado todo
Con propia francesa sangre,
De un valor mal empleado
Haciendo insolente alarde.

No le conoce Francisco;
Pero de pronto, al mirarle,
Dió, por un secreto impulso,
De gran enojo señales.

Y quién era preguntando,
Como el Marqués contestase:
«Señor, de Borbon el Duque,»
Puso un ceño formidable.

Y volviendo las espaldas
Con dignidad, ocultarse
Quiso entre aquellos guerreros
Porque el Duque no llegase.

Notólo Pescara al punto,
Y como discreto parte
A evitar inconvenientes
Y á allanar dificultades.

Ruega de Borbon al Duque
Que el sangriento estoque envaine,
Que quite la sobreveste
Y que se limpie la sangre.

Y con él á pié se acerca,
Donde el Rey inexorable
No digna volver el rostro
Que en ira y en furor arde.

La mano el Duque le toma
De rodillas; arrogante
La retira el Rey. El Duque
Tiene la audacia de hablarle,

Y el Monarca levantando
Los ojos como volcanes
Al cielo, en voz alta dice:
«¡Santo Dios, paciencia dadme!»

Oyendo lo cual Pescara,
Hace que de allí se aparte
El de Borbon, y de él libre
Tornó el Rey á sosegarle.

Acatan al Rey cautivo,
Y le consuelan y animan,
Conducirlo disponiendo
A los muros de Pavía.

Que se arrasaban los ojos
De cuantos allí venian.

En los altos de la marcha
Embarazosa y prolija,
Varios soldados de cuenta
A ver al Rey acudian.

Y el Rey demostraba atento
Con delicadeza fina,
Gusto en que le presentasen
Los de garbo y nombradía.

Llegó entre tantos acaso
Roldan, hijo de Sevilla,
Llamado el *Arcabucero*,
Mote puesto con justicia;

Pues lo era tan extremado,
Que nunca erró puntería,
Clavando siempre las balas
Donde clavaba la vista.

Este tal, galan y apuesto,
De cara muy expresiva,
De talle en extremo airoso,
De aguda fisonomía;

Con aire maton y jaque,
Calzas de majo y ropilla,
Con un inmenso chapeo
De alas luengas y tendidas;

Con su cuera y sus mangotes,
Y sus frascos en la cinta,
De recamos adornada
Y de escarcela provista,

Se acerca al Rey, y apoyado
Del arcabuz en la horquilla,
Y zarandeando el cuerpo
Cual hombre que nada admira,

«Señor (con ceceo dice,
Y lengua aunque gorda viva),
Cuando mi sargento anoche
Me dijo que combatia

»Vuestra Alteza en este empeño,
Preparé varias cosillas;
Los trastos que en tales lances
Cualquier hombre necesita.

»Fundí, señor, doce balas,
Que al cabo son la comida
De esta serpiente (mostróle
El arcabuz con sonrisa,

»Prosiguiendo): Fundí, digo,
Doce balas, las precisas.
Seis de plomo, destinadas
A canalla gabachina;

»Y las seis, muy á mi gusto
Cumplieron, ¡Dios las bendiga!
Fundí otras cinco de plata
Para gente de alta guisa;

Dánle un corcel generoso,
Con honrosa comitiva
De franceses personajes
Que rendidos le seguian.

Y ántes confesando todos
Con admirable justicia,
Que victoria tan insigne,
Triunfo tan grande y tal dicha,

Se debe tan solamente
A la española milicia;
Disponen que España sola
Tenga la prerogativa

De guardar un prisionero
De tan importante estima,
Y que Alarcon el famoso
De alcaide y guarda le sirva.

En medio, pues, de los tercios
Españoles, y á su vista,
Desplegadas las banderas
De gloria y laureles ricas;

De Alarcon á la derecha
El Rey de Francia camina,
Esforzándose orgulloso
En dar á su faz sonrisa.

Los escuadrones tudescos,
Que una ladera contigua
De aquel camino ocupaban,
Al pasar la infantería

Española, entusiasmados
Le hacen salva, y alta grita
Levantando hasta las nubes
Repitiendo: *España viva*.

Al Rey suspende tal muestra
Dada por las tropas mismas
Del ejército triunfante,
Y es novedad que le admira.

Reconociendo cuán alta
La española gloria brilla,
Pues competencias no admite
Y da admiracion, no envidia.

Afable el Rey conversando
Con las personas distintas
Que le cercan, caminaba
Gallardo sobre la silla.

Y al encontrar de franceses
Prisioneros las cuadrillas,
Los consuela con su ejemplo
Y con su voz los anima.

Y á los cabos españoles,
Que en respeto y cortesía
Ni un solo punto desdican
De lo que á nobles obliga,

Los recomienda con tanto
Extremo, afan y caricias,

»Y en cinco ilustres monsiures
Se hallarán, no están perdidas,
Que, vive Dios, tal acierto
No lo he tenido en mi vida.

»Y una fundí, finalmente,
De oro muy puro y sin liga;
Aquí está, señor, miradla.»
Expuso á la régia vista

Una gruesa bala de oro
Que en la escarcela traía,
Continuando, sin turbarse,
Con gracejo y con malicia:

«Gran señor, fundí esta bala
Para daros muerte digna,
Si en el combate de veros
Se me lograba la dicha.

»Y ya que vuestra fortuna
No os puso en mi puntería,

Vuestra debe ser la prenda
Que siempre vuestra á ser iba.

»Tomadla, señor, tomadla,
Pesa dos onzas cumplidas,
Y puede que para ayuda
De vuestro rescate sirva.»

Al rey Francisco tal gracia
Hizo aquella retahila
Del andaluz, y el despejo
Con que acertara á decirla,

Que afable tomó la bala
Diciendo: «Amigo, la estima
Mi aprecio en mucho, y confío
Que os lo mostraré algun día.»

Roldan le hizo reverencia
Y vuelve á entrar en su fila,
Tan contento de sí mismo
Que ni á Cárlos quinto envidia.

ROMANCE QUINTO

CONCLUSION

Dueño absoluto de Italia
Fué el insigne Emperador,
Con esta excelsa victoria
Del alto esfuerzo español.

Y cautivo el Rey de Francia
Vino á Madrid y habitó
La torre de los Lujanes,
Con Hernando de Alarcon.

En la plaza de la Villa
Aún dora esta torre el sol,
Coronada de recuerdos
Que el tiempo no borra, no.

De ella al cabo el rey Francisco
Rescatándose, tornó
A ocupar el rico trono
De la francesa nacion.

Pero su rendida espada,
Prenda de insigne valor,
Testigo eterno de un triunfo
Que el orbe todo admiró;

En nuestra régia armería
Trescientos años brilló,

De los franceses desdoro,
De nuestras glorias blason.

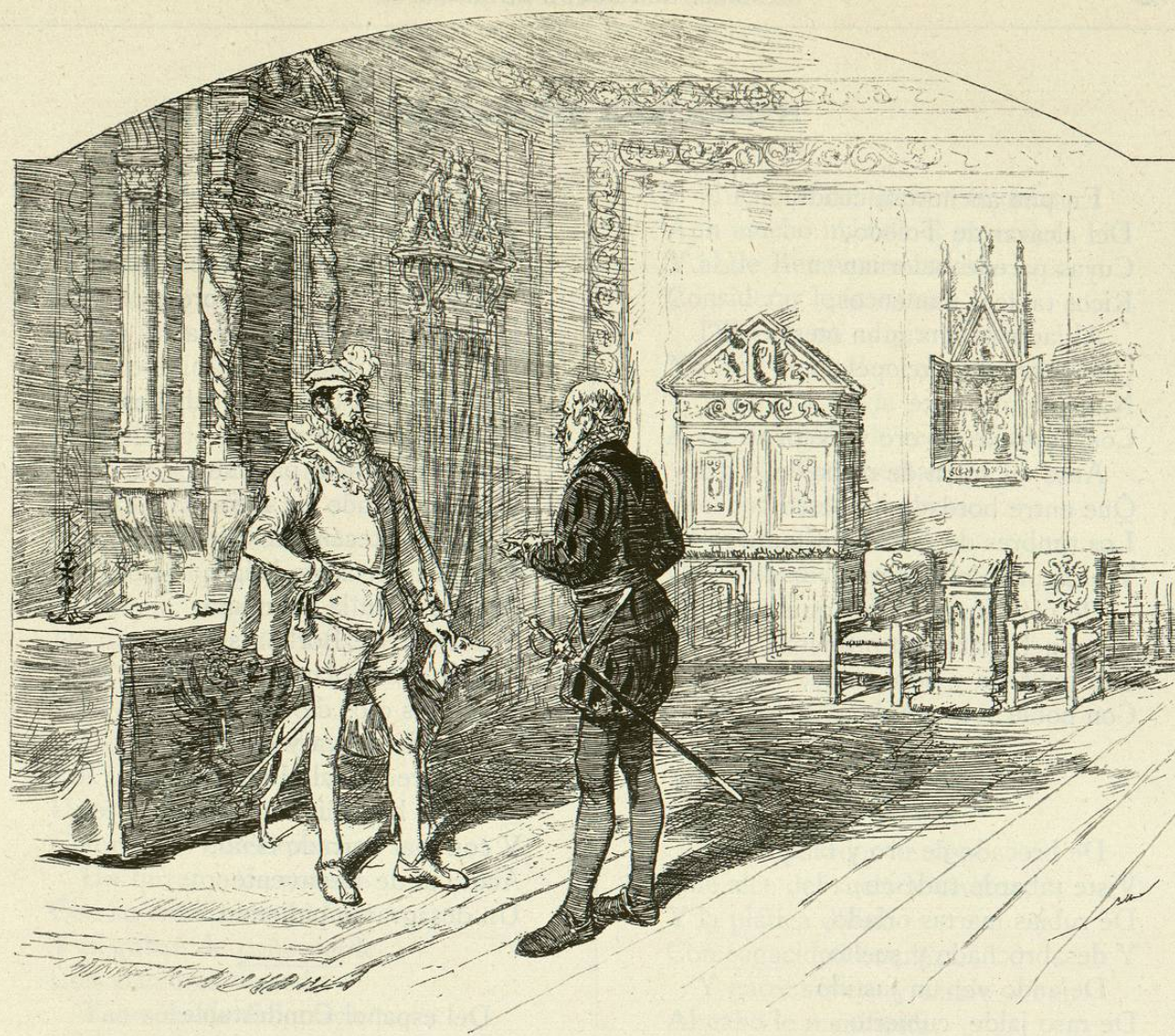
Hasta que amistad aleve
Que ocultaba engaño atroz,
Con halagos y promesas
Que ensalzó la adulacion,

Tal prenda de un triunfo nuestro
Para Francia recobró;
Como si así de la historia
Se borrara su baldon.

Harto indignado, aunque jóven,
Esta espada escolté yo,
Cuando á Murat la entregaron
En infame procesion.

Pero si llevó la espada,
La gloria eterna quedó,
Más durable que en acero
De la alta fama en la voz.

Y en vez de tal prenda, España
Supo añadir, vive Dios,
Al gran nombre de Pavía
El de Bailén, que es mayor.



UN CASTELLANO LEAL

ROMANCE PRIMERO

«Hola, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blason,
Mirad como bien nacidos
De mi sangre y casa en pro;

»Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas, quien no estuviere
Más limpio que lo está el sol.

»No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su Rey combate
Y que á su patria vendió.

»Pues si él es de Reyes primo,
Primo de Reyes soy yo;
Y conde de Benavente,
Si él es duque de Borbon.

»Llevándole de ventaja,
Que nunca jamás manchó
La traicion mi noble sangre,
Y haber nacido español.»

Así atronaba la calle
Una ya cascada voz,
Que de un palacio salía
Cuya puerta se cerró;

Y á la que estaba á caballo
Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises
Mas bien que timbre baldon,

Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos,
Cubiertos de ricas galas,
El gran duque de Borbon.

El que lidiando en Pavía
Más que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
A su natural señor;

Y que á Toledo ha venido,
Ufano de su traicion,
Para recibir mercedes
Y ver al Emperador.

